

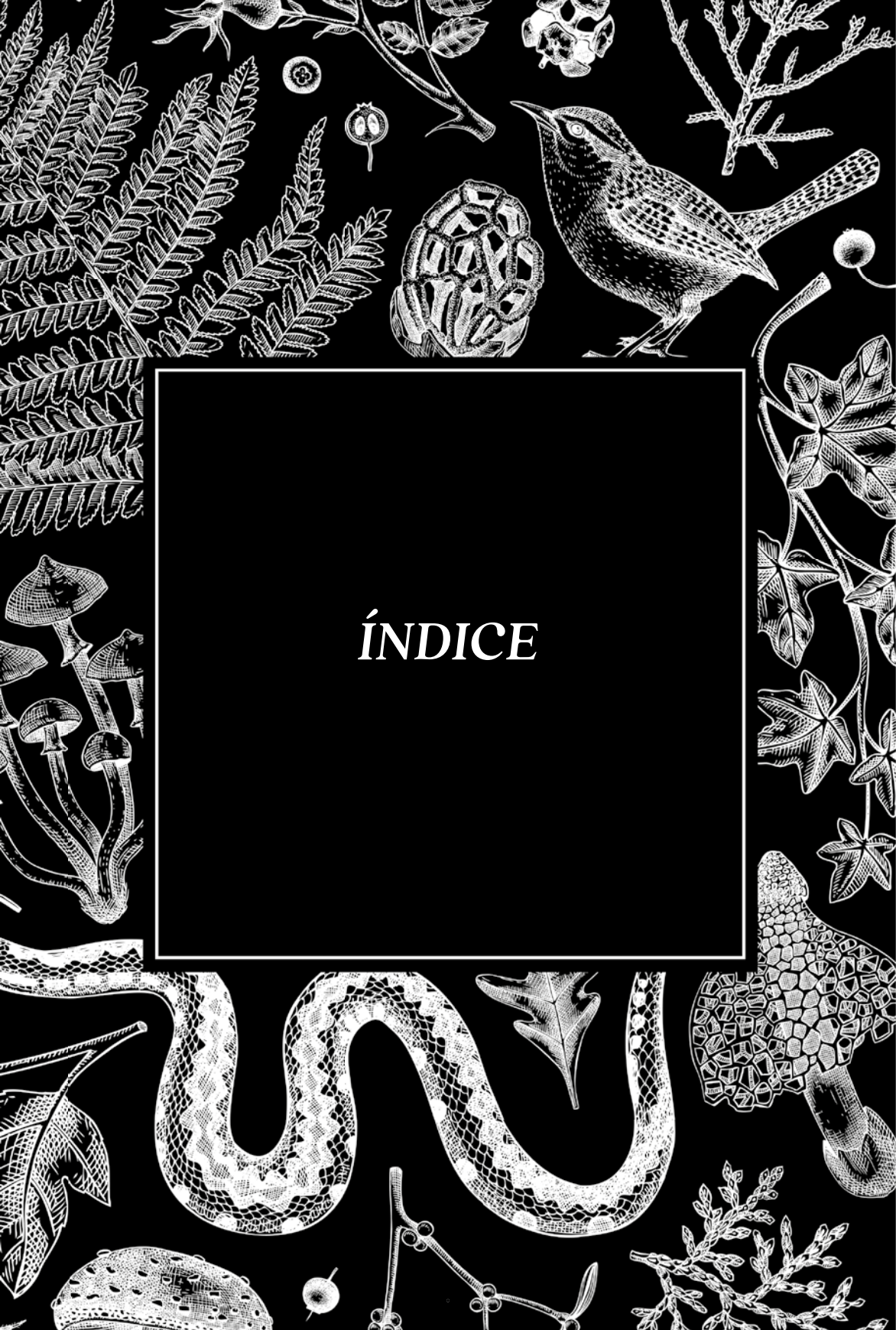


OBERON

Paraíso VENENOSO

CÓMO
LAS PLANTAS
MATAN, CURAN
Y NOS AYUDAN
A SER HUMANOS

José Manuel Correa Sabater



ÍNDICE

PREFACIO: MACABRO EDÉN	12
 PARTE I	
CUESTIÓN DE PERSPECTIVA	16
<i>¿Por qué veneno?</i>	<i>17</i>
<i>De hojas a manos</i>	<i>29</i>
 PARTE II	
BOTÁNICA BÉLICA	34
<i>Armas ancestrales</i>	<i>35</i>
<i>Relativo a la flecha</i>	<i>47</i>
<i>Flores de guerra</i>	<i>58</i>
 PARTE III	
FRUTOS PROHIBIDOS	72
<i>Magia verde</i>	<i>73</i>
<i>Flores de ultratumba</i>	<i>86</i>
<i>Nuevo mundo, vieja magia</i>	<i>90</i>
<i>Cactus celestiales</i>	<i>92</i>
<i>Lianas del alma</i>	<i>97</i>
<i>Historia vegetal de las drogas</i>	<i>104</i>

PARTE IV	
SABORES QUE MATAN	126
<i>Platos fuertes</i>	127
<i>Lo que le pasó a Guam</i>	141
<i>En todos lados se cuecen habas</i>	148
<i>Venenos agrarios</i>	160
PARTE V	
TOXINAS ORNAMENTALES	168
<i>Jardines mortales</i>	169
<i>Selvas de salón</i>	184
PARTE VI	
DE REMEDIOS Y ENFERMEDADES	188
<i>Matar para sanar</i>	189
<i>Dame veneno que quiero vivir</i>	201
BIBLIOGRAFÍA	210

Prefacio: Macabro edén

«Aquellos que imaginaban que la vida en la Tierra consistía en animales moviéndose sobre un fondo verde entendieron seriamente mal lo que estaban viendo».

Jurassic Park, Michael Crichton.

Planta. ¿Qué es lo primero que se te viene a la cabeza cuando escuchas esta palabra? Seguramente sean flores, el brillante color de unas hojas o la maceta que tengas más próxima. Lo cierto es que estas maravillas de la naturaleza han quedado reducidas al fondo verde sobre el que representamos el papel principal de nuestra propia existencia humana. En la mayoría de los casos son percibidas como simplemente eso: seres vivos de segunda cuya presencia es mucho menos relevante que la de cualquier animal.

Podría decirse que los cuerpos de las plantas son los cimientos sobre los que se construye el fenómeno de la vida tal y como la conocemos. No siempre fue así. Cuesta imaginarlo, pero durante varios millones de años nuestra Tierra estuvo desnuda de bosques, campos o praderas. De hecho, estas últimas aparecieron en la misma época geológica que nos vio nacer, por lo que los humanos somos de las pocas formas de vida lo suficientemente privilegiadas como para conocer la sensación de caminar descalzos sobre la hierba. En la actualidad las plantas son el punto de entrada de materia y energía a un gran número de ecosistemas, tanto terrestres como acuáticos, conformando así el primer eslabón de una infinidad de cadenas alimentarias. Desde su aparición han cambiado el funcionamiento del planeta, alterando los patrones de las lluvias, el flujo de nutrientes por todo el globo y el propio curso de la evolución. Y a pesar de realizar tan

increíbles hazañas, suelen pasar por nuestra vida sin pena ni gloria. La eterna presencia de las plantas es lo que las convierte en ausentes. Esa es la gran maldición de la que es víctima todo ser vegetal.

En cierto modo puedo comprender por qué. Al fin y al cabo, nosotros mismos somos animales, por lo que tenemos una tendencia mayor a prestar atención a aquellas formas de vida más similares a la nuestra. Y eso en el mejor de los casos. Un lobo, una rana o incluso un escarabajo son más parecidos a nosotros de lo que pueden serlo un helecho o un musgo. Esta es una de las posibles explicaciones para un fenómeno conocido como «ceguera vegetal», que seguro que más de un lector ha experimentado de forma inconsciente. Ser un miope de plantas es algo completamente normal, especialmente si se tiene en cuenta nuestro estilo de vida actual. En este estadio del desarrollo de nuestra especie, las plantas juegan un papel secundario en la imagen mental que los humanos tenemos de nuestro propio mundo. Para aquellos de los nuestros que viven en ciudades, es mucho más útil memorizar líneas de metro o reconocer logotipos de marcas que identificar especies de plantas nativas. Incluso en las zonas rurales el conocimiento sobre las plantas que las rodea está en un notorio declive. Es curioso pensar en cómo ignoramos tanto a las plantas cuando nuestros ancestros eran animales arbóreos, con un estilo de vida que dependía en su totalidad de los organismos vegetales. Sobre las plantas nacían y morían. De ellas obtenían refugio y alimento. Un árbol podía suponer el mundo entero para ellos. Puede parecer que nosotros, sus tecnológicamente avanzados descendientes, somos tan superiores a ellos que ya no necesitamos a las plantas. O al menos no tanto. Una afirmación completamente errónea.

Hay muchos beneficios que podemos obtener de las plantas. Con su madera podemos crear herramientas y encender fuegos. Sus frutos son una importante fuente de alimento para nuestra especie. Con sus cuerpos podemos confeccionar tejidos. Pueden parecer insignificantes a simple vista, pero cada tallo, hoja, pétalo, semilla o raíz son auténticos tesoros de la naturaleza. Especialmente si somos conscientes del increíble potencial que encierran: los secretos químicos de su tremendo éxito evolutivo. Las

plantas han sido la perfecta frontera entre la vida y la muerte durante toda nuestra historia. No elegir bien qué tubérculo comer podía servir para ahuyentar al hambre unas horas o provocar el colapso de nuestro organismo. Puede que no tengan garras, cuernos o colmillos con los que herirnos de muerte, pero no los necesitan. Desde su silencioso estilo de vida y sus lentos movimientos, las plantas cuentan con herramientas capaces de desmantelarnos desde dentro hacia fuera. También pueden hacerlo a la inversa. Están perfectamente capacitadas para jugar con la bioquímica de maneras tan sofisticadas que aún no terminamos de comprender.

No es de extrañar que en los primeros grupos de humanos las plantas tuvieran reservado un lugar especial. Portadoras de salud y enfermedad a partes iguales, eran objeto de respeto. Adoración en algunos casos. Incluso eran consideradas divinidades, dioses cuyos nombres fueron olvidados hace miles de años, pero que siguen obrando con la misma efectividad en nuestro presente. Y lo seguirán haciendo en el futuro.

Planta. Menuda palabra. Teniendo todo esto en cuenta, cobra mucho más peso.

Las plantas y los compuestos activos que encierran en su interior han sido uno de los motores del desarrollo de nuestra especie. Podría decirse que somos como somos porque las plantas son como son. Desde las puntas de flecha envenenadas de la caza paleolítica hasta las hierbas que más tarde se convertirían en armas de guerra, pasando por rituales de brujería, la pasta de dientes que usas cada noche o los anticancerígenos de descubrimiento más reciente, la influencia que el poder mortal de las plantas tiene sobre nosotros es innegable.

En ellas está la solución a muchos de nuestros problemas, presentes millones de años antes de que siquiera nos los planteemos. Curas a enfermedades, remedios a problemas ambientales e incluso soluciones a cuestiones del día a día. Por contradictorio que pueda parecer, las plantas convierten nuestro mundo en una especie de Jardín del Edén gracias al poder de sus toxinas. Un paraíso con un toque macabro. El resultado de una creación de miles de millones de años. Una creación de la que también formamos parte.

Abramos pues sus puertas. Déjate cautivar por las maravillas que crecen en cada esquina. Eso sí, hazlo siempre con precaución. Los efectos secundarios no siempre son agradables.

Aventúrate pues en el paraíso venenoso que es nuestro mundo.